

La visita de Therese

Mis amigos Valentina y Héctor me acompañaron ese día al aeropuerto. Tuvimos el motivo perfecto para sacar de casa mi caro transporte, regalo de mis abuelos, al que llamábamos familiarmente *urraca alborotadora* y que dijera lo que dijese mi padre a mí me seguía pareciendo un transporte sospechosamente ruidoso; sus chirridos hacían volver la cabeza a todos los que se cruzaban en nuestro trayecto, lo que me llevaba -dicho sea de paso- a ruborizarme como si yo fuera una adolescente a la que los padres hubieran "pillado" una nota de amor, aunque lo que ese día acrecentó mi pánico más que sus chirridos faltos de armonía fue observar que *urraca alborotadora* iba muchísimo más rápido de lo habitual.

Durante el trayecto tuve tiempo de recordar cómo nos hicimos amigas Therese y yo: La conocí gracias a un programa Erasmus. Yo pedí ir al University College de Londres porque en mi Universidad, la Complutense de Madrid, la gente hablaba muy bien de ella: "la tercera institución con más solera después de Oxford y Cambridge, claro está" decían los que habían pasado por sus aulas y aunque había también una macabra historia sobre los restos de su fundador que vagaban por allí (con urna o sin ella me parece escalofriante...) la verdad es que siempre aplaudí mi elección y la posibilidad que me ofrecieron de poder ir.

Primero coincidí con Therese en la cafetería y hablamos un poco; luego me percaté de que estábamos en la misma clase y nos unimos al mismo grupo de amigos, empatizamos y al poco tiempo ya éramos inseparables, hasta que volvimos a nuestros respectivos lugares de origen.

Me encontraba pensando en todo esto cuando empezó una suave lluvia que en un alarde de presunción se dejó caer con súbita fuerza golpeando inoportunamente las sedosas alas de nuestro *jet privado (urraca alborotadora)*; nuestro singular conductor rápidamente fue a cobijarnos en una especie de tejadillo que dejaba un hueco cubierto donde nos acomodó a la espera de que cesara la tormenta. Actuó con mucha serenidad y eso tuvo un efecto tranquilizador en mí que disipó todos mis temores anteriores aunque sus chirridos volvían a ser espantosos, y como no, todo aquel al que nos encontrábamos miraba nuestro maravilloso transporte con los ojos desorbitados, ¡ni que hubieran visto un fantasma!

Estuvimos refugiadas en ese tejadillo unos minutos, pero fueron suficientes para que yo pudiera imaginar con terror una de sus reuniones; cierro los ojos y por un segundo veo:

Una bandada de centenares de individuos como ella -ave cantora como su pariente cercano, el cuervo- que se reúnen por la noche ; usan sus toscos cantos para atraer a sus futuras parejas (como es costumbre entre las urracas) y se acompañan por los primeros rayos de luz para ir en busca de alimento y así impresionar a alguna posible pareja. La puedo imaginar con su pareja y me estremezco. En marzo o abril estarán ya construyendo un nido en lo alto de un árbol (en la ciudad o en el bosque, según les guste más la tranquilidad o el ruido) destinado a la crianza de sus polluelos; también la supongo buscando, con mucha paciencia, ramitas espinosas que va amontonando con gracia y precisión; luego planea cubrir el nido con tierra y raíces para que sea más sólido. Para

entonces ya tendré un nuevo transporte: un pájaro carpintero, quizás, aunque son un poco atolondrados...o tal vez, un alcaudón dorsirrojo, que es un gran viajero y me encanta. ¡Dicen que hace unos cuatrocientos kilómetros en diez horas y que viaja sin problemas por varios países como Grecia, Egipto, Turquía o África, totalmente llamativos para una personalidad como la mía.

De repente, mis pensamientos fueron interrumpidos por una vocecilla.

- ¡Ufff! -dijo Valentina- menos mal que tiene buenos reflejos...

- ¡Ufff! -pensé yo- menos mal que en casa le ponemos buen combustible, le alimentamos con los mejores menús: frutas, granos, caracoles, gusanos y a veces el especial: huevos, insectos o el super-especial de cadáveres de mamíferos...

Inesperablemente cesó la lluvia y al levantar la mirada pudimos observar un arco iris brillante que nos contemplaba como un polluelo consentido e iluminaba gran parte de nuestra visión del cielo. Así fue como emprendimos el vuelo entre altísimos pararrayos que coronaban iglesias y edificios centenarios de la ciudad.

Me sorprendió contemplar las luces y las sombras que serpenteaban por las calles de la ciudad y que a veces pincelaban extraños dibujos que proporcionaban un aire muy misterioso y algo tenebroso, todo hay que decirlo.

En un abrir y cerrar de ojos, llegamos al aeropuerto, y tras esquivar algunos cuantos obstáculos encontré rápidamente a Therese, tan esbelta y menuda como la recordaba: con su preciosa cabeza chata y aplastada y con su color de siempre que hoy lucía un gris verdoso más intenso y brillante.

Le presenté a mis amigos, que simpatizaron al momento con ella, y nos fuimos a casa, pues estábamos bastante cansados por el trajín del día.

La semana pasó a la velocidad de un rayo. La llevé a museos, al parque del retiro, donde nos metimos en una barquita y una niña estuvo a punto de descubrirnos, visitamos teatros y nos entusiasmaron los musicales, en fin, salimos por todo Madrid y ...¡ fue genial!

Ahora tocaba ir a visitar a mis padres, que viven en Valencia, y *Urraca alborotadora* emprendió el vuelo hacia la huerta de Valencia. Sería su último viaje y el nuestro de regreso sería en el AVE. Quería mostrarle a mi amiga la Valencia cultural diurna y la increíble trasnochada marcha nocturna de la ciudad, y como no, la Ciudad de las Artes y Las Ciencias, donde nos esperan algunos viejos amigos que también conocimos en nuestro programa de movilidad.

A las tres horas siguientes de nuestra salida de Madrid llegamos a la cabaña de mis padres.. A Therese le encantó comprobar que la barraca estaba hecha de barro y cañas, que son materiales que ofrece también su tierra y eso la reconfortaba.

Procedimos a escudriñar la casa. Le sorprendió la planta, única, por ser menuda pero alargada y

también le resultó sorprendente el grosor de las paredes.

Muy en la línea de su carácter, mi amiga investigó la cubierta -alta e inclinada- y supo que era así para facilitar de esa manera la salida del agua los días de lluvia, como el de hoy. Así mismo, alabó el contraste del tejado gris y el verde de los naranjos que rodean la cabaña con la blancura luminosa de las paredes de cal que insisten en recordarle su tierra.

Así pasaron los días, y Therese cada vez más enamorada del encanto de nuestras ciudades, y de España en general, su cultura, su gente, su clima, su costa, sus lugares emblemáticos, y sobre todo, su vegetación, tantos árboles enormes y frondosos donde poder subirnos y pararnos a ver pasar el tiempo, y...la vida. Aunque lo que más le gustó, la comida española, como no.

Cuando llegó la última mañana, mi amiga me dijo:

- "Úrsula, gracias por todo, me he sentido muy mimada por todos vosotros; han sido unos días perfectos. Cada vez estoy más convencida de que tenemos mucho en común a pesar de que sigo envidiando esas manchas tan fantásticas que tú tienes en la piel y yo no...

- ¿Mis manchas de Portixol? - Pregunté sorprendida.

- ¡Sí, tus manchas de Portixol, me encantan!- dijo Therese

O sea que envidiaba las manchas de mi piel... ¡mis super-manchas de Portixol que yo pincelaba cada día con crema de protección solar 50 anti-manchas, anti-bacterias, anti-todo y eso me lo decía una lagartija que era especial, *una lagartija Podarcis Pityusensis*, una sargantana gimnèsia de Mallorca!

Arácnidos, coleópteros i lepidópteros, tamaño XXXL, ese fue nuestro menú especial durante la cena de despedida.

Seudónimo:

Atenea de Atenas